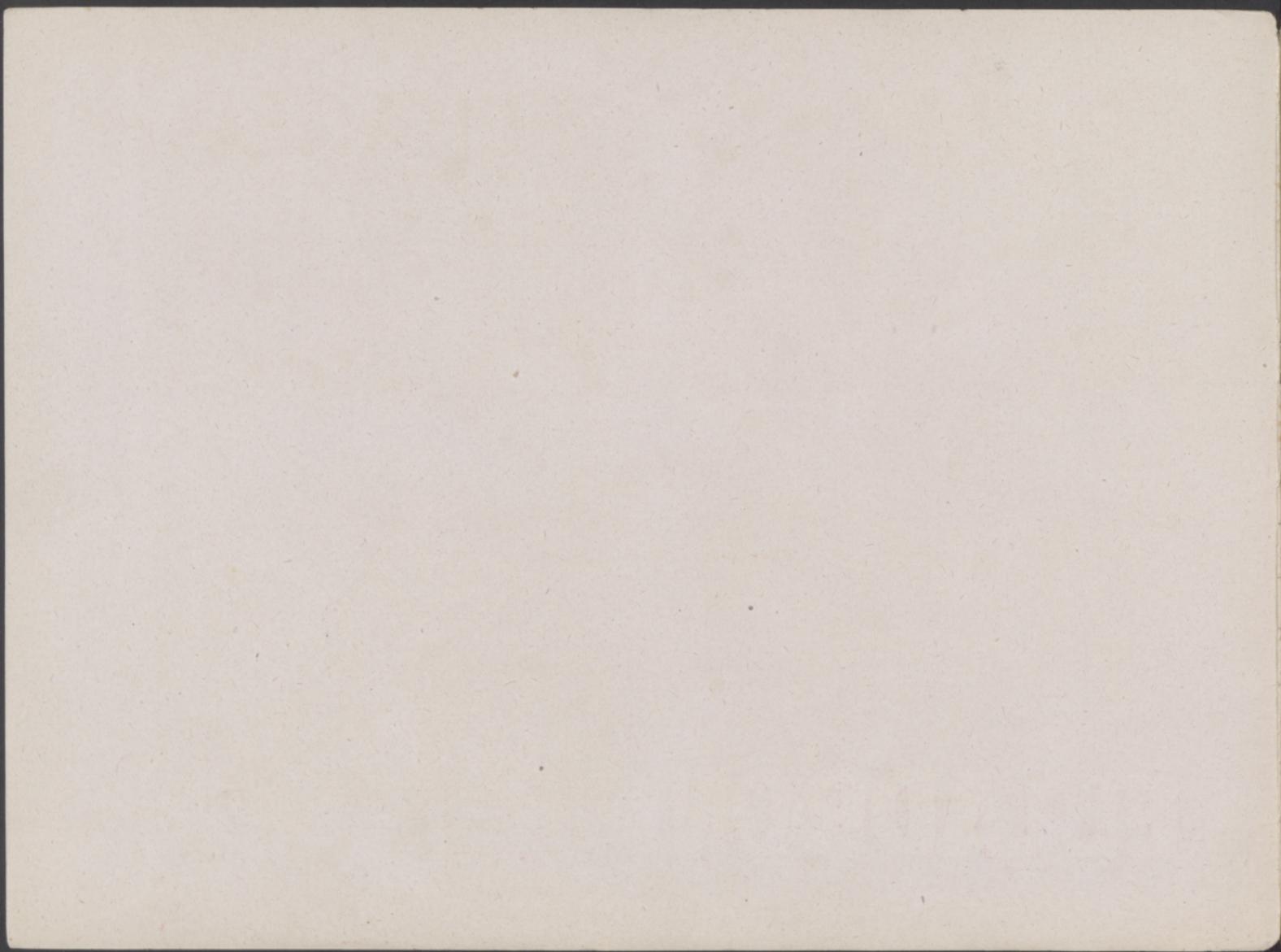


Editions
1^{re} Bistagne

Conrad
Veidt
Sabu
June Duprez

EL LADRON de BAGDAD





EL LADRON DE BAGDAD

(1940)

Maravillosa fantasía, en tecnicolor

Una producción

ALEXANDER KORDA

UNITED ARTISTS

Distribuida por

SELECCIONES CAPITOLIO (S. Huguet, S. A.)

Provenza, 292 — Barcelona

Principales intérpretes: CONRAD VEIDT - SABU - June DUPREZ - John JUSTIN

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

EL LADRON DE BAGDAD

SINTESIS DEL ARGUMENTO

En el maravilloso puerto de Basora, en donde se hallaban reunidos buques de las más exóticas regiones, entró un gigantesco y lujoso navío. Su proa llevaba como rara insignia un enorme ojo pintado, que relataba el infernal poder de su propietario. Era éste Jaffar, sultán usurpador de Bagdad, cruel y maligno, capaz de asolar toda la Persia si se oponía a sus funestos planes.

En cuanto su nave hubo anclado en el puerto, Jaffar descendió al muelle al ver llegar a su esclava Halima en la litera que había de transportarle a palacio.

—¿Y la princesa? ¿Me traes alguna buena noticia? —le preguntó, acomodándose, con ella, en la litera.

—El ciego ha sido hallado.

En efecto, en un lugar próximo a ellos estaba un hombre joven, harapiento, que pedía limosna, sujetando con una correa a su perro, echado a sus pies. Este perro era maravilloso; sabía distinguir la moneda buena de la falsa, como estaba demostrando el ciego en el momento en que la litera de Jaffar y Halima se detuvo ante él. Obedeciendo a Jaffar la esclava logró que el ciego la siguiera y le condujo a un espléndido palacio, morada de Jaffar, prometiéndole socorrerle a cambio de sus oraciones.

En realidad, su intención era distinta. Esperaban que el ciego lograra sacar de su profundo sueño, ante el cual se estremecían los esfuerzos de los médicos y astrólogos, a una bella joven, que reposaba en una de las estancias superiores.

Preguntado por Halima y otras esclavas, el ciego confesó llamarse Ahmad y rehusó a sus súplicas de que se quedara con ellas, explicándoles el motivo...

En Bagdad existió un rey, descendiente de cien reyes. Sus súbditos eran numerosos y su riqueza incalculable. Y el perro, que descansaba con el morro entre las patas y que movía la cola al oír la voz de Ahmad, era un joven que logró el

afecto del rey, a pesar de ser un simple ladronzuelo, acusado de numerosas fechorías y travesuras.

Ahmad, el ciego, había sido el rey de Bagdad. Aun teniendo la gloria de su poder y de sus riquezas, era desdichado, porque su Gran Visir, Jaffar, se interponía entre el pueblo y él, ordenando continuas ejecuciones, que consiguieron que los súbditos odiaran a su monarca. Y cuando Ahmad se dió cuenta de la perfidia de su visir, ya era tarde para borrar el mal que había causado.

Una noche, siguiendo los consejos de Jaffar, se disfrazó y entró en la gran plaza situada frente a su palacio, mezclándose a su pueblo para lograr conocer el secreto de la felicidad que ansiaba para todos sus súbditos. Pronto comprendió que el daño era irreparable, pues todos le acusaban de tirano, acogiéndolo con alegría la profecía de un narrador, que contaba:

—Se dice, aunque Alá sea más prudente y más compasivo, que hubo en tiempos pasados un rey entre los reyes, que era un gran opresor. Un día, por murmurar en secreto, fueron ejecutados muchos hombres en la plaza del Mercado, pero uno de ellos, un sabio, animó al pueblo con una profecía, anunciando que en el transcurso de los años llegaría un libertador: «Será el más pequeño y le buscaréis en las nubes; veréis a un mozalbete, el más insignificante de los muchachos, montado en una nube y desde el firmamento destruirá al tirano con la flecha de la justicia».

Jaffar ordenó que el grupo fuera encarcelado, y con él Ahmad, a quien todos tomaron por loco cuando afirmó que era el rey. En la mazmorra se le reunió Abú, el ladronzuelo de Bagdad, empujado por fuertes manos, y el alcaide les condenó a morir al amanecer.

En cuanto estuvieron solos los dos presos y comprobó el chiquillo que Ahmad estaba tan cuerdo como él mismo, le enseñó la llave de la prisión, que había arrebatado al alcaide.

Trazaron un plan para escaparse y lo lograron sin tropiezo.

Rápidamente se dirigieron al río, en donde Abú tenía escondida una barca, y se apresuraron a zarpar, tras de haber esquivado la tropa que el visir envió a capturar a Ahmad, lo que sirvió para convencer a Abú de que su compañero era el rey, como aseguraba, y navegaron río abajo hasta llegar a Basora.

El espectáculo que les ofreció la plaza del Mercado de aquella ciudad fué maravilloso para sus estómagos hambrientos. Por todas partes se veían frutas, manjares succulentos, telas espléndidas; pero más hermoso aún que todo aquello era un palacio, que formaba uno de sus lados, al que los habitantes llamaban el Palacio de los Mil Juguetes, en donde el sultán guardaba la mejor colección de juguetes del mundo.

Todo aquello era muy interesante para ambos aventureros, pero como el hambre apretaba, Abú se agenció un par de tortas y consiguió la miel necesaria para untarlas, mediante una estratagema, consistente en probarla antes de comprar una partida de ella, si les gustaba. Prosiguieron paseándose por entre los vendedores y compradores...

Súbitamente, la animada escena se convirtió en espanto, lágrimas y gritos. Unos jinetes, vestidos de negro y con amplias capas blancas, entraron en la plaza e hicieron huir a los que la ocupaban, hasta dejarla vacía; inmediatamente después, unos arqueros dispararon sus saetas contra los rezagados y los curiosos en ventanas y azoteas, entre los que se contaban los dos amigos.

Estos, que no se asustaban fácilmente, detuvieron a uno de los fugitivos y le preguntaron la causa del alboroto. Se debía a que llegaba la princesa, a la que ningún hombre había visto, pues su padre quería ocultar su belleza hasta haberla dado en matrimonio.

Ahmad y Abú se escondieron apresuradamente y contemplaron el paso del maravilloso cortejo. Ahmad se enamoró de la princesa y deseaba verla otra vez, sin hacer caso de las protestas de Abú, el cual había conseguido dos plazas en el barco de Sinbad el Marino, que zarpaba aquella noche.

Con la ayuda de Abú, pudo llegar junto a la princesa, creyendo su amor al verse correspondido, y el chiquillo tuvo que luchar contra su deseo de aventuras antes de prometer a Ahmad que le ayudaría a encontrarse de nuevo con su amada.

Al día siguiente, la ciudad presenció la entrada, en el Palacio de los Mil Juguetes, de Jaffar, escoltado por sus terribles guardianes negros. El sultán acogió al astuto traidor con la solemnidad debida a su rango, enseñándole con orgullo los juguetes que llenaban sus salones; pero, con gran asombro y enfado, vió que Jaffar sonreía con lástima. Haciendo una señal a sus servidores, éstos presentaron unos grandes estuches, con cuyo contenido, en un abrir y cerrar de ojos, construyeron un caballo blanco. El sultán aceptó la llave que le ofrecía Jaffar, dió cuerda, montó en el muñeco y los espectadores se quedaron boquiabiertos, pues el caballo pateó impaciente, corrió por el pulido salón y se remontó en los aires, mucho más alto que la cúpula del más elevado minarete de la ciudad.

Cuando regresó de su viaje, el sultán estaba tan contento con el juguete que no se quería separar de él, prometiendo a Jaffar, a cambio de él, lo que quisiera. Este, viendo llegado el momento ansiado, se lo regaló, diciendo:

—Es vuestro. Y os pido a cambio una sola cosa. ¡Vuestra hija!

Vaciló el sultán, perplejo, y afirmó que su hija era espinosamente fea. Pero Jaffar, gracias a sus artes mágicas, sabía la verdad, y el viejecillo tuvo que ceder. Sin embargo, ninguno de los dos contaba con la voluntad de la princesa, la cual, advirtiendo que su amor por Ahmad peligraba, huyó del palacio para ir a buscar refugio en casa de su hermana, la esposa del sultán de Samarkanda.

El sultán y su huésped aguardaron hasta la noche a que les comunicaran el paradero de la princesa. No obstante, en lugar de ella, los guardianes se presentaron arrastrando a Ahmad y Abú, a quienes habían sorprendido en el jardín. Al levantar la cabeza Ahmad, rey desposeído, y encontrarse frente a Jaffar, usurpador de su trono, se precipitó contra él, dispuesto a relatar su maldad. Mas Jaffar, retrocediendo hasta un rincón, levantó sus manos, murmuró unas palabras y el joven se quedó ciego.

Abú lanzó un grito y se postró ante el sultán, saliendo en defensa de su amigo. Rápidamente se encaró con él el mago y exclamó:

—¡Hijo de perro... conviértete en lo que fueron tus padres! Esta es mi maldición! Seguirás siendo un perro asqueroso

y servirás al ciego hasta que yo tenga a la princesa en mis brazos.

Abú se convirtió en perro y sirvió a Ahmad con fidelidad hasta entonces.

Concluyó aquí el relato del ciego. Halima, fiel instrumento del malvado Jaffar, le anunció que la princesa estaba en aquella casa, después de haber sido capturada por unos bandidos y vendida en el mercado de los esclavos, donde su amo la compró; pero que al llegar al palacio, se apoderó de ella un sueño muy extraño, del que sólo él, Ahmad, podía volverla a la vida.

Ahmad se hizo conducir a la cámara de la princesa, que, en efecto, no tardó en recobrar la vida y ambos jóvenes notaron que sus corazones desbordaban los sentimientos reprimidos por la ausencia; no obstante, Halima avisó que su amo había regresado y se llevó al ciego con la promesa de hacerle volver por la tarde. El perro, Abú, a una orden de su amigo, se quedó para custodiar a la joven.

Habiéndose dado cuenta ésta de que su amado estaba ciego, rogó a Halima que la condujera a un célebre médico que había en la ciudad. Cayó en una trampa, ya que, guiada hasta el barco de Jaffar, éste mandó zarpar inmediatamente, y ya estaban lejos de la ciudad cuando la princesa se percató del engaño. Abú, que la había seguido no sin dificultades, salió a cubierta y se lanzó contra el malvado, que, con una risa irónica, hizo que lo arrojaran por la borda.

El traidor, fiel al plan que se había trazado, entró en el camarote de la princesa, que retrocedía aterrorizada y sin hacer caso de sus dulces palabras. En vista de su odio, Jaffar decidió jugarse su última carta:

—En el mismo instante en que yo os tenga en mis brazos, Ahmad sanará.

—Entonces, abrazadme.

Ahmad, sentado en el muelle, recobró la vista al mismo tiempo que Abú salía del agua, sacudiéndose como un perro, a pesar de haberse convertido ya en una persona. Corrió a él, le preguntó por la princesa, y por primera vez comprendió Abú que su amigo no le pertenecía por entero, pues amaba con alma y vida a la princesa.

Jaffar no cejaba en sus propósitos de subyugar a su priso-

nera y, si bien le hubiera sido fácil convencerla por la magia, comprendió que nada le era posible mientras Ahmad viviera. Acompañó a la princesa a la cubierta y distinguieron en las cercanías una barca. ¡Era Ahmad que iba en su persecución!

Subió Jaffar a la parte más elevada del barco y con sus gritos despertó a los poderes de la tempestad, la cual sacudió a la pequeña embarcación como si fuera un corcho, inclinándola peligrosamente... Por fin, logró que Ahmad fuera tragado por las aguas y que Abú se perdiera en las olas.

Ante aquel horroroso espectáculo y la risa triunfal del traidor, la princesa desfalleció, sin dar importancia a cuanto la rodeaba. Sin embargo, el amor indujo a Jaffar a ponerse a sus órdenes y así accedió a su deseo de regresar a Basora. En Basora le esperaba una decepción. El jardín en que conociera a Ahmad estaba quemado, seco y desierto por los encantamientos de Jaffar; con todo, para ella era el más hermoso del mundo y obtuvo de su padre la promesa de que su raptor no se la llevaría a Bagdad.

Jaffar había escuchado la conversación sostenida entre padre e hija y urdió una conspiración contra ambos. Conociendo la debilidad del sultán, no le fué difícil preparar un mortífero juguete, consistente en una bailarina exótica, que puso fin a los días del anciano. Seguidamente, Jaffar partió para Bagdad.

La tempestad arrojó a Abú a una playa solitaria. Todo el día corrió por ella, llamando a su amigo y buscando sin resultado algún alimento. Por fin, encontró una botella de extraña forma, zarandeada por las olas, y lleno de esperanza la des tapó para tirarla precipitadamente y muy asustado. Del recipiente salía un ruido fantástico, semejante a un trueno lejano, que creció a medida que una espesa columna de humo subía hacia el cielo, condensándose por último en la figura de un hombre gigantesco, grande como una montaña.

Era un Genio aprisionado en una botella por el rey Salomón hacía dos mil años; y las carcajadas de alegría que exhalaba por haber recobrado la libertad, echaron al suelo al pobre Abú. Por si esto fuera poco, el Genio le aseguró que había llegado su último momento, y su pie casi le aplastó. El chiquillo, ágil como una ardilla, escapó de una muerte segura, gritándole que era un desagradecido. El Genio dijo que había esperado

mucho tiempo en la botella y jurado que mataría a su liberador.

—¿ Cómo es posible que vos, tan grande como una montaña, pudierais estar dentro de aquella botella que yo soy capaz de tener en una mano? Vos no habéis estado nunca en ella, ¿ no es cierto?

El ardido de Abú tuvo éxito. El Genio, picado en su amor propio, se apresuró a demostrarle que era verdad, y el chiquillo, en cuanto vió que todo el humo había entrado en la botella, y con el humo el Genio, dió un salto hacia ella y le puso el tapón. Entonces le llegó el turno de protestar al Genio:

—¡ Señor magnánimo y compasivo! ¡ Dejadme salir y os concederé tres deseos! ¡ Lo juro por el rey Salomón, Señor de todos los Genios!

Este era un juramento inviolable. Abú se tranquilizó, pensando en el partido que podía sacar del pacto, y destapó la botella. El Genio, antes tan diminuto, volvió a ser enorme, pero esta vez se inclinó humildemente ante el muchachito.

Abú había recobrado su apetito. ¡ Quién tuviera los embutidos que preparaba su madre! Se oyó un silbido y vió unas salchichas en una sartén, fritiéndose aún.

¡ Aquél había sido su primer deseo! ¿ Cuál sería su segundo deseo? Quería saber dónde estaba Ahmad.

Únicamente podía saber tal cosa consultando «El Ojo que Todo lo Ve», pues el Genio no podía decírselo, ni robarlo. Abú le ordenó que le llevara al lugar en donde se encontraba la piedra; él se encargaría de robarla. Pero sin que esto constase como su segundo deseo.

El Genio aceptó con una risotada y lo cogió con una de sus manos como si fuera una hormiga, depositándolo cerca de una de sus orejas y recomendándole que se agarrara a su pelo, pues iban a cruzar medio mundo.

Cruzaron los espacios, mucho más altos que las montañas más altas del mundo, cuyo techo rozaban, y llegaron al pico más elevado, en donde estaba el Templo del Alba, en cuyo gran salón se encontraba la Diosa de la Luz. En la frente de esta estatua estaba «El Ojo que Todo lo Ve». El edificio era imponente. Se tumbó el Genio ante una de sus puertas, que abrió como si fuera de papel, a pesar de ser monumental, y metió a su pequeño señor en el interior.

La vasta sala y la enorme estatua aterrorizaron a Abú, que

estuvo a punto de retroceder. Los feroces y terroríficos guardianes del Templo esperaron a que hubiese subido la escalinata que conducía a una puertecilla y accionaron uno de los dedos de la Diosa.

Entró Abú y vió que la cámara estaba llena de esqueletos de otros aventureros, algunos de los cuales llevaban armadura. Cogió una espada y un ruidillo le hizo volver la cabeza. ¡ La puerta se había cerrado! Estaba obligado a continuar y llegó a un pasillo, rodeado de abismos, que cruzó silbando y agarrando con todas sus fuerzas la espada, mientras que innumerables ecos repetían su canción favorita. Otra puerta se cerró.

Llegó a una especie de pozo, al que dividía una red, que no tardó en reconocer como una telaraña gigantesca. Sosteniendo la espada entre los dientes, trepó por ella, subiendo a la parte central. Súbitamente, de lo alto brotó una descomunal araña roja. Abú miró hacia abajo y se horrorizó. ¡ En el fondo del pozo nadaba un monstruoso pulpo! Luchó con valor para defender su vida y pudo cercnar una pata de la araña, que se precipitó al fondo.

La continuación fué coser y cantar. Trepando por los relieves, se apoderó de «El Ojo que Todo lo Ve», a tiempo, pues los guardianes iban a dispararle sus flechas. El Templo quedó a oscuras, pero Abú llegó a la salida iluminado por el resplandor de la piedra. Llamó con todas sus fuerzas al Genio y se vió al aire libre.

En «El Ojo que Todo lo Ve» percibió a Ahmad perdido en una región inhóspita. Se metió la piedra milagrosa en la cintura y comunicó al Genio que su segundo deseo era reunirse con su amigo. Cruzaron los espacios y llegaron al lugar en donde estaba Ahmad. El Genio le puso en la misma grieta y los dos amigos se abrazaron. El rey contempló admirado al enorme servidor de Abú.

Pero su admiración duró poco y recayó en la tristeza de estar lejos de la princesa. Abú le recomendó que mirase en «El Ojo que Todo lo Ve». Así lo hizo y lanzó un gemido de desesperación. La princesa olía la rosa azul del olvido, que hacía olvidar el amor, mientras Jaffar la observaba satisfecho, habiendo alcanzado el triunfo, pues al olvidarse de Ahmad, ella caería en sus brazos. Devolvió furioso la piedra a Abú y le reprochó el habérsela mostrado.

Abú se enfadó a su vez y gritó:

—¡Ojalá os encontrarais en Bagdad!

Inmediatamente, el joven desapareció de su lado. Abú le llamó sin éxito, pero una risotada le explicó todo. El Genio había cumplido su tercer deseo y se alejó sin hacer el menor caso de sus lamentaciones, dejándole abandonado en el más horroroso paraje de la tierra.

Ahmad, transportado por el deseo de Abú al lugar ansiado, se precipitó hacia Jaffar y la princesa, pero la guardia, a la que había sido dada la voz de alarma, salió a su encuentro. El joven pudo arrebatar la espada a un negro y con ella se defendió valerosamente, hasta que, vencido por el número, mas habiendo tenido la dicha de ser reconocido por la princesa, que volvió a recordar al verle, abrazándose llenos de amor, fué aprisionado y condenado, junto con su amada, a ser decapitado al día siguiente.

Abú, después de contemplar en la piedra la derrota de su amigo, levantó «El Ojo que Todo lo Ve» sobre su cabeza y, furioso, lo estrelló contra las rocas. Inesperadamente, los pétreos muros se desplomaron y el mundo pareció girar con él, más y más apresuradamente, hasta caer en el abismo.

Cuando creyó recobrar el sentido, estaba en una inmensa llanura ocupada por numerosas tiendas que jamás había visto hasta entonces. Entró en la más grande y vió muchos ancianos rodeando a otro, sentado en una especie de trono, que le sonreía. El jefe comprendió su sorpresa y le explicó:

—Esta es la tierra de la Leyenda, Un país en que todo es posible cuando se mira a través de los ojos de la juventud. Somos lo que queda de la Edad de Oro. Nos petrificamos de horror por la maldad de los hombres cuando dejaron de ser niños y de creer en la belleza de lo imposible; pero si el corazón de un niño viene a nosotros y se mezcla entre nosotros, volvemos a vivir. Está escrito que tú eres ese niño y has de ser mi sucesor. Ven conmigo, quiero hacerte un presente. Son dos insignias de verdadera realeza.

Tomándole de la mano, le llevó a otra división de la tienda y le ofreció una ballesta y una aljaba llena de flechas, diciéndole: «Usa esto contra la injusticia, y no puedes fracasar». Luego le enseñó una alfombra, que se reservaba para

ir al Paraíso a la hora de su muerte, pues atravesaba el espacio al decir: «¡Vuela, alfombra!»

Había llegado la hora de la ejecución de Ahmad y de la princesa. El pueblo henchía la plaza y esperaba con anhelo el cumplimiento de la profecía de la liberación, ahora que sabía quién era el verdadero tirano. Ahmad subió al patíbulo con valor y envió una mirada, la última, a la princesa, a quien Jaffar obligaba con crueldad a asistir a la ejecución.

Pero Abú, que había estado luchando contra la tentación de subir en la alfombra, observado por el comprensivo jefe, acabó por ceder, prometiendo que sería su último robo. Sentóse en ella, dijo las palabras sacramentales y salió volando por los espacios. Llegó al palacio y, apuntando con la ballesta, hizo correr a los cortesanos. Veloz como el pensamiento, disparó su flecha contra el verdugo, hiriéndole certeramente en la frente, y tendió la mano a su amigo Ahmad, subiéndole en la maravillosa alfombra.

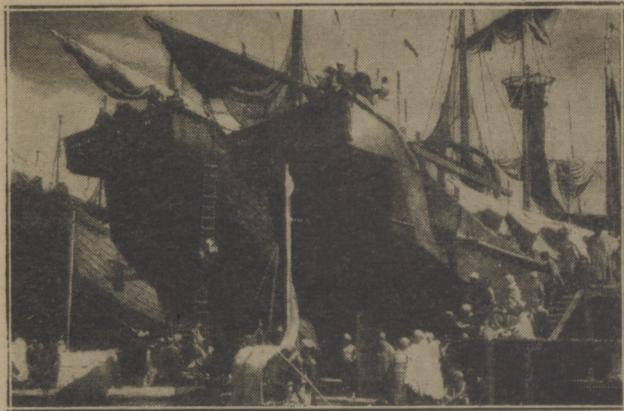
El pueblo, libre de temor por la ayuda sobrenatural de Abú, que era el libertador tan anhelado, luchó por su señor y dominó a los guardias negros, mientras que Abú y Ahmad se remontaban en el aire y perseguían al malvado Jaffar, que se escudaba detrás de la princesa. El traidor, viéndose perdido, montó en su caballo volador y corría por el espacio...

Abú, sin perder su sangre fría, se separó de sus amigos, se remontó de nuevo en los aires y disparó su ballesta, hiriendo de muerte a Jaffar, el cual, como si su magia le fallase, se derrumbó al mismo tiempo que se destrozaba su caballo infernal.

Al día siguiente, cuando Ahmad, del brazo de su amada princesa, con Abú a su lado, luciendo los tres maravillosas galas, relataba al pueblo cuánto debía al ladronzuelo y prometía a éste un futuro espléndido como gran visir de la Corte, el chiquillo hizo un gesto de desagrado y se escabulló. Poco más tarde pasó por delante del rey y de la princesa, volando en la alfombra mágica, respondiendo a sus preguntas y saludos con estas palabras:

—Vos ya tenéis lo que queríais. Ahora yo voy en busca de lo que quiero. ¡Un poco de diversión y de aventuras!

F I N



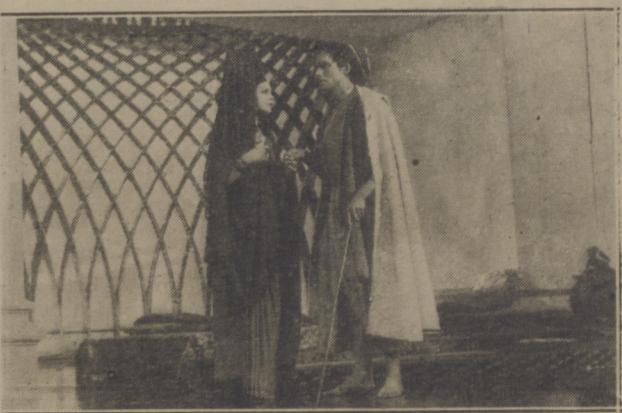
En el maravilloso puerto de Basora se hallaban reunidos buques de las más exóticas regiones.



Jaffar, sultán usurpador de Bagdad, cruel y maligno.



Un hombre joven, harapiento, pedía limosna.



Halima le condujo a un espléndido palacio, morada de Jaffar.



En la mazmorra se le reunió Abú, el ladronzuelo de Bagdad.



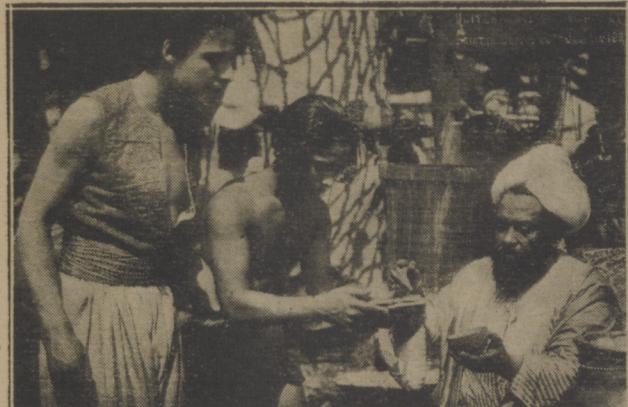
En cuanto estuvieron solos los dos presos...



Se escaparon y se dirigieron al río, en donde Abú tenía escondida una barca.



*El espectáculo que les ofreció la plaza del Mercado
fue maravilloso.*



Mediante una estratagema, consiguió la miel necesaria.



Unos jinetes, vestidos de negro, entraron en la plaza e hicieron huir a los que la ocupaban.



Detuvieron a uno de los fugitivos, al que preguntaron la causa del alboroto.



Contemplaron el paso del maravilloso cortejo.



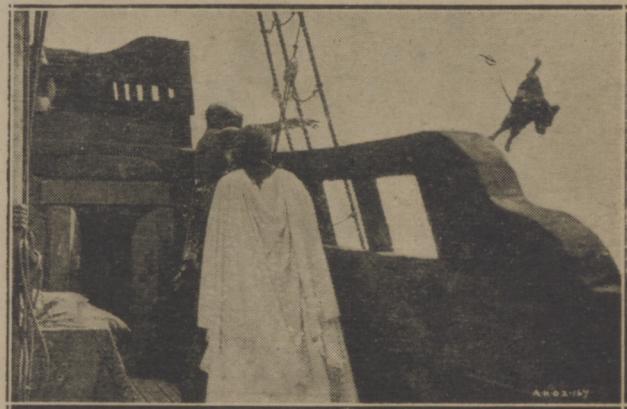
Al dia siguiente, la ciudad presenció la entrada de Jaffar.



El sultán estaba tan contento con el juguete, que no se quería separar de él.



Murmuró unas palabras y el joven se quedó ciego.



Hizo que le arrojaran por la borda.



Entró en el camarote de la princesa.



Ahmad, sentado en el muelle, recobró la vista.



Comprendió que su amigo no le pertenecía por entero, pues amaba con alma y vida a la princesa.



Obtuvo de su padre la promesa de que su raptor no se la llevaría.



Había llegado su último momento y su pie casi le aplastó.



Gritándole que era un desagradecido.



—¿Cómo es posible que vos pudieseis estar dentro de aquella botella?...



Lo cogió en una de sus manos como si fuera una hormiga.



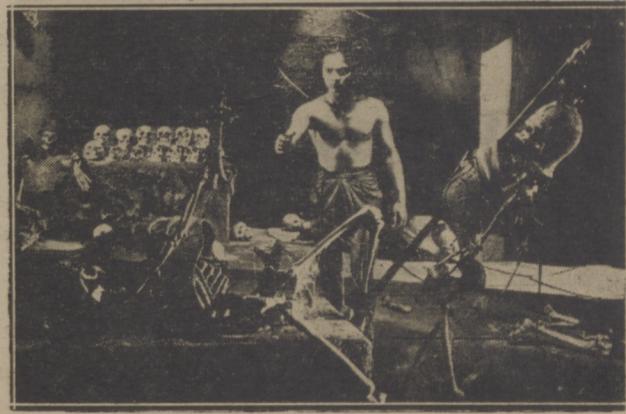
Depositándolo cerca de una de sus orejas.



Se tumbó el Genio ante una de las puertas del Templo del Alba, que abrió como si fuera de papel.



Los feroces guardianes accionaron uno de los dedos de la Diosa.



Vió que la cámara estaba llena de esqueletos de otros aventureros.



Llegó a un pasillo, rodeado de abismos.



Trepó por la tela de araña, subiendo a la parte central.



El Genio le puso en la misma grieta y los dos amigos se abrazaron.



El rey contempló admirado al enorme servidor de Abú.



El joven pudo arrebatar la espada a un negro.



Se defendió valerosamente hasta que fué vencido por el número.



Vió a muchos ancianos rodeando a otro.



Dijo las palabras sacramentales y salió volando.



Jaffar obligaba con crueldad a la princesa a asistir a la ejecución de Ahmad.



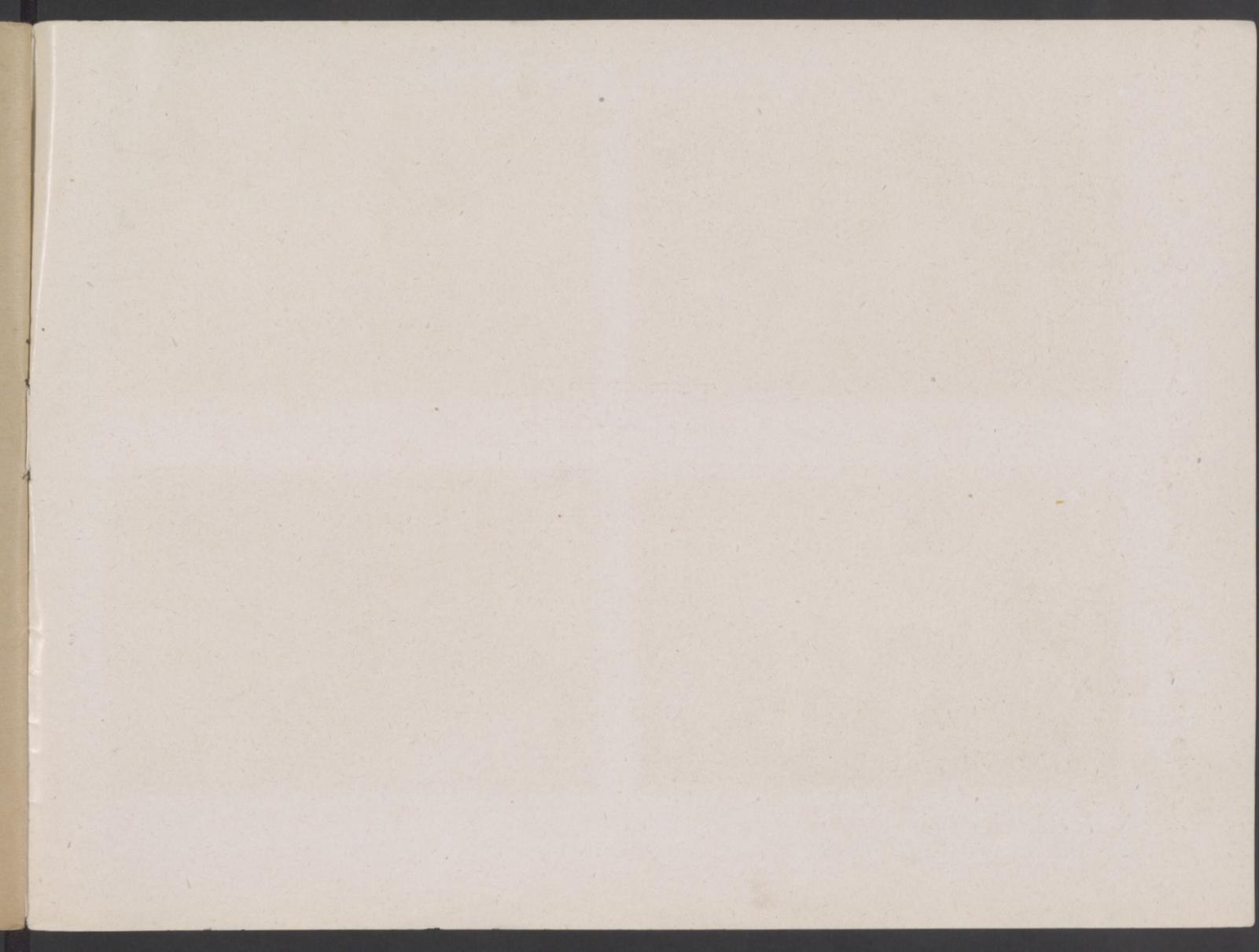
Tendió la mano a su amigo, subiéndole en la maravillosa alfombra.



Perseguían al malvado Jaffar, que se escudaba tras de la princesa.



Disparó su ballesta, hiriendo de muerte a Jaffar.





Cubierta, Imp. M. PELLICER

Muntner, 111-Teléfono 76132

SERIE
"PELICULA GRAFICA"